

LA BOLSA DE PLÁSTICO

por Francisco-Manuel Nácher

Hace unos días, durante unas breves vacaciones, estaba en la playa de Valencia, sentado frente al mar, en una tumbona, observando las olas acariciar suavemente la playa. Era un día claro y tibio, sin una nube. Las olas eran apenas hermosos rizos que besaban, casi con timidez, la arena de la orilla. Me deleité con aquel momento que la naturaleza me brindaba y que me relajaba y me hacía feliz. Y mi imaginación voló hacia el “eterno ahora”, hacia el paraíso de los bienaventurado, hacia el amor de Dios que todo lo llena y todo lo impregna y todo lo vivifica. Y mi alma se esponjó y se expandió en un éxtasis de gratitud.

De pronto, interrumpió mi meditación una bolsa de plástico blanca que, llena de aire por la suave brisa y arrastrada por ella, se detuvo a unos pasos de mí, en la misma orilla. La contemplé y admiré su belleza. Era como una bola de luz. El sol la hacía parecer algo etéreo, suave, vivo, puro, casi intangible. Me maravilló lo irisado de sus de sus reflejos. Parecía llena de vida, de realizaciones, de ilusiones y de ansias de aventuras y de futuro. Pensé en un alma evolucionada y mi mente se deleitó de nuevo con ello.

Pero, inesperadamente, la brisa la empujó unos centímetros más allá, más cerca de las olas. Entonces, una de ellas la alcanzó y la mojó y la deformó un tanto. Ella pareció defenderse de este ataque y esforzarse por recomponer su apariencia. Pero entonces una nueva ola la llenó de arena y la ensució. La pobre bolsa no pudo ya contrarrestar esta segunda agresión y quedó quieta, sorprendida, sobrecogida e inerme. Y una tercera ola la alcanzó, la plegó sobre sí misma y la engulló arrastrándola hacia el fondo del mar. Sentí verdadera pena por ella. Fue como si me hubieran herido a mí mismo al ver algo, instantes antes tan hermoso, desaparecer para siempre en las sombras camufladas tras la suave brisa, el agua cristalina y las olas aparentemente inofensivas de la orilla del mar. Y recordé que el mar suele ser el símbolo de las pasiones, los deseos y los sentimientos, es decir, del cuerpo de deseos.

Y mi pensamiento, avezado a profundizar en las lecciones de la vida – ya he aprendido que toda la vida no es sino una sucesión de

lecciones – vio enseguida en qué consistía aquélla: Cuántas veces, llenos del aire de la presunción, nos sentimos fuertes, luminosos, llenos de ilusiones y de aspiraciones de futuro, ingrátidos, superiores, evolucionados, poderosos, capaces de iluminar nuestro entorno y, cuando más ufanos estamos disfrutando de todo ello, una ola de la vida, un pequeño incidente nos alcanza y “nos moja” con su vibración. Entonces, convencidos aún de nuestro poder, reaccionamos para recomponer nuestra imagen, pero un nuevo suceso sin importancia nos ensucia, haciéndonos perder la luz que, entonces descubrimos que no era propia sino reflejada, y un tercer suceso nos deforma, nos arrastra y nos sepulta en lo hondo del mar de las pasiones, las emociones y los deseos.

Sí. La vida es un libro abierto. Abierto para ser leído por nosotros. Y hemos de acostumbrarnos a leerlo permanentemente. Y a aprender las lecciones que nos brinda.

* * *